



Colegio *Compañía de María*  
Valladolid

Fiesta de la Niña María  
Curso 2008 – 2009  
GUIÓN AUDIOVISUAL

Esta historia comenzó hace mucho tiempo, y sin embargo nos resulta nueva cada vez que la escuchamos.

En Palestina, un pequeño país al otro lado del Mediterráneo, vivía el Pueblo de Dios, llamado Israel.

Era un pueblo de una larga historia, que vivía sus recuerdos con gran intensidad. Recordaban que generaciones atrás Dios había llamado al pastor Abraham a ser el padre de un gran pueblo.

Sus descendientes sufrieron la esclavitud en Egipto, pero Dios les dio la libertad.

Les guió por el desierto para conducirles a una tierra que les daba como regalo.

De camino por el desierto aprendieron a ser un pueblo unido, Dios estaba con ellos. Hicieron una Alianza Él y se comprometieron a ser fieles cumpliendo los Diez Mandamientos.

La fidelidad les hizo conseguir la Tierra donde construyeron un Reino, una nación con un Templo en donde Dios les bendecía.

Acudían al Templo a celebrar las grandes fiestas; presentaban a Dios su oración por medio de ofrendas.

Todos los matrimonios presentaban a sus hijos recién nacidos como su mejor regalo.

Los judíos visitaban con frecuencia al Templo desde todo el país. Allí presentaban a los sacerdotes sus oraciones para que Dios les diese el mejor consejo.

Los romanos habían ocupado Palestina y no todos los judíos eran fieles a la Alianza. Joaquín era un hombre bueno que seguía la Ley de Dios.

Como no estaba casado fue a Jerusalén a pedirle a Dios que le concediese una buena esposa. En el templo había muchas mujeres, unas vendían ofrendas, otras cambiaban monedas, otras vendían regalos... Todas parecían muy ocupadas.

Joaquín se acercó a un grupo y escuchó a un sacerdote la antigua y bella historia de Ana. Aquella mujer estéril que acudió al Templo para pedirle a Dios un hijo. Su oración fue escuchada y Ana concibió a Samuel, el profeta que hizo que Israel llegase a ser un Reino.

Joaquín tomó la Palabra de Dios y leyó aquella historia. Pensó: ¿Y si Dios me diese a mí una esposa para que por ella naciera una hija como Ana? ¡Qué feliz sería si yo pudiera tener un nieto como Samuel! ¡Un nieto que fuese el profeta de la Palabra de Dios!

Mientras pensaba aquellas cosas en alto, descubrió que en la Puerta Dorada del Templo, una mujer llamada Ana, estaba haciendo esta misma oración.

Se miraron y se dieron un abrazo y en seguida comprendieron que Dios bendecía su abrazo, se prometieron cariño y fidelidad y a las semanas...

Se casaron haciendo una gran fiesta.

En la aldea de Nazaret todos se alegraron de que Joaquín hubiese encontrado a aquella mujer tan buena.

Pasado el tiempo, Ana dio a luz a su criatura.

Nació una niña y le pusieron por nombre MARÍA.

Siguiendo el precepto de los judíos viajaron a Jerusalén con el bebé para presentarlo a Dios en su Templo.

Como eran una familia sencilla regalaron al Templo un par de palomas, deseando que la vida de María fuese como ellas: sencillas, pacíficas y serviciales.

El sacerdote bendijo a la Niña María deseando que algún día fuese ella misma que viniese al Templo para ofrecer su vida a Dios.

Volvieron a su pueblo y dieron muchas gracias a Dios.

La Niña María creció en su casa de Nazaret, aprendió a caminar,

A hablar y a decir sus primeras oraciones

Ayudaba a Ana en las labores sencillas de cada día

Jugaba con los niños del pueblo

Aprendía las labores de la casa

Y los sábados escuchaba en la sinagoga las enseñanzas de la Ley judía.

Joaquín le fue enseñando toda la historia de Israel. Le hablaba de lo bueno que Dios había sido a lo largo de la historia, haciendo que los pobres fueran sus preferidos, derribando el poder de los poderosos y elevando a los sencillos.

Se fue sintiendo parte del pueblo de Israel que esperaba la llegada del Mesías, el enviado de Dios que comenzaría una nueva historia.

Cuando llegaba la fiesta de Pascua celebraba con su familia este recuerdo de la salida de Egipto. Se emocionaba al saber que Dios había dado a su Pueblo la libertad.

Cuando cumplió doce años, fue con Joaquín y Ana al Templo de Jerusalén. Se puso muy guapa porque iba a ser el día más importante.

Caminaron hasta Jerusalén con cantos de alegría, como los que años atrás habían entonado el Pueblo de Israel de vuelta de su destierro. Ir a Jerusalén era una felicidad.

Entraron al Templo, el lugar donde Dios se hacía cercano a su Pueblo.

En medio de todos los peregrinos, se encaminaron hacia la escalinata del Templo.

Al interior del Templo sólo entraban las personas de limpio corazón, por eso se lavaron las manos como signo de pureza.

María subió ella sola los escalones del Templo. Era el gesto que expresaba que era digna de servir a Dios sin que nadie se lo mandase.

Allí dijo su promesa de ser servidora de Dios.

Le ofreció a Dios su sencilla ofrenda.

Los sacerdotes estaban admirados de la fe de María.

María se quedó durante dos años en Templo. Cada día cantaba la oración de acción de gracias, servía a Dios con su trabajo y aprendía la historia de su Pueblo.

Allí esperó el momento de conocer a José con quien se casó pasado el tiempo, pero ese tiempo nos habla de otro gran personaje: Jesús, el Mesías. Joaquín y Ana no imaginaban que por María iba a llegar el Hijo de Dios. Gracias a su fe y al modo como educaron a María, Jesús encontrará a la mejor de las mujeres. Así son las cosas de Dios